

# La Esperanza como un don inesperado, incomprensible y total: reflexiones sobre la vida y escritos de Merton

Erlinda G. Paguio

## Introducción

Durante el V Encuentro de la Sociedad Internacional Thomas Merton en 1997, uno de los conferenciantes dirigió un taller sobre la oración de Merton, “Señor Dios mío, no tengo idea de hacia donde voy”. Se preguntó a los participantes de qué modo les había ayudado la oración en las situaciones a las que habían tenido que hacer frente en algún momento concreto de sus vidas. Compartieron diversas experiencias de haber encontrado solución a sus problemas después de utilizar la oración de Merton, que expresa gran confianza en el amor perenne de Dios:

No conozco el camino que hay ante mí. No tengo seguridad de dónde termina. No me conozco realmente, y el hecho de que piense que cumpla tu voluntad, no significa que realmente lo haga. Pero creo que el deseo de agradarte te agrada realmente. Y espero tener este deseo en todo lo que estoy haciendo. Espero no hacer nunca nada aparte de tal deseo. Y sé que si hago esto, tú me llevarás por el camino recto, aunque yo no lo conozca.

La oración termina con una expresión clara de fe y confianza en la promesa de Cristo de que Él estará siempre con nosotros. “Por lo tanto, siempre confiaré en ti aunque parezca perdido y a la sombra de la muerte. No temeré, pues tú estás siempre conmigo, y no me dejarás que haga frente solo a mis peligros”<sup>1</sup>.

He compartido esta oración con muchos amigos y familiares, y siempre me complace saber que les ha ayudado. Una secretaria

---

<sup>1</sup> Thomas Merton, *Thoughts in Solitude* (New York: Farrar, Straus and Cudahy, 1958), 83 [*Pensamientos de la soledad* (Barcelona: Edhasa, 1961), 54].

a la que despidieron del trabajo estaba muy angustiada y pasaba por una depresión y un estado de gran inseguridad cuando me envió un correo electrónico sobre su problema. Acompañé mi respuesta con una copia de la oración de Merton. Me respondió después de unos días y me dijo lo agradecida que se sentía de haber recibido la oración, que realmente traducía en palabras el sentir de su corazón. “Es justo lo que necesitaba para seguir adelante,” dijo. “Me hizo tener mucha esperanza en Dios, que me guiará y me ayudará.” En 2005, el autor de un blog en Internet escribió que la oración de Merton parecía un salmo de nuestro tiempo. Al incorporar elementos de fe, proporciona consuelo y seguridad a las personas que se sienten más solas y angustiadas. “No temeré, pues tú estás siempre conmigo y no me dejarás que haga frente solo a mis peligros” me recuerda la promesa que nos hizo Jesús de que siempre permanecerá con nosotros.

Me alegro mucho de que nos hayamos reunido en Ávila para compartir nuestras reflexiones sobre Merton y la esperanza. Qué necesario se hace tener esperanza en este tiempo en el que hay tanta violencia, pobreza, tantas personas sin techo, tanta injusticia, incertidumbre, angustia y desesperación en todo el mundo. Durante una conferencia de prensa en Aspen, Colorado, una persona del público se levantó para decir al equipo de periodistas que necesitamos que se publiquen noticias portadoras de esperanza. A veces éstas recogen algún suceso esperanzador que emerge del sentido de unidad y amor que expresan los niños pequeños. Recuerdo haber leído hace varios años acerca de un grupo de chicos que decidieron raparse el pelo para parecerse a su compañero afectado por el cáncer a quien se le había caído el pelo a causa de la quimioterapia. Les preocupaba tanto que su apariencia le convirtiera en el hazmerreír del colegio que ellos quisieron hacerse uno con él y adoptar su mismo aspecto. No querían que su amigo enfermo se sintiera mal y avergonzado a causa de su calvicie. El primer día de colegio ya podían contarse cinco cabezas rapadas en lugar de una sola. Hoy ya no resulta infrecuente oír que hay quien se afeita la cabeza por la misma razón y que se hacen donaciones para apoyar a pacientes de cáncer y a la investigación sobre esta enfermedad.

## El mensaje de Merton al mundo

A continuación me gustaría hablar sobre el mensaje de esperanza de Merton para nosotros, un mensaje que fue fruto de su profunda vida de oración, el resultado de sus reflexiones y de los amplios intereses de sus lecturas, así como el producto de su relación con personas de todas las religiones y de su compromiso con los acontecimientos de su mundo a lo largo de su vida. Merton nos insiste en que en tiempos de violencia y malestar generalizado necesitamos redescubrir la meditación, la oración silenciosa y unitiva, la escucha y el silencio creativo, y recobrar una fe firme en la presencia de un Dios invisible en nuestro interior. Merton escribió que “la verdadera esperanza es sometida a prueba por el silencio en el que tenemos que esperar al Señor en la obediencia de la fe incuestionable”<sup>2</sup>.

En 1967, el Papa Pablo VI pidió a Dom Francis Decroix, Abad del Monasterio Cisterciense de Frattochie, cerca de Roma, un “mensaje de los contemplativos al mundo” y solicitó a Thomas Merton su colaboración como uno de los autores de su redacción. Dom Francis escribió a Merton, quien respondió sin dilación el 21 de agosto de 1967. Merton fue muy honesto al admitir en su mensaje que a medida que envejecía en la vida monástica y avanzaba más profundamente en la soledad, se daba cuenta de que apenas había comenzado a indagar en estas preguntas: “¿Puede el hombre dar un sentido a su existencia? ¿Puede el hombre honestamente dar significado a su vida solamente adoptando una serie de explicaciones que pretenden decirle por qué comenzó el mundo y dónde terminará, por qué hay mal y por qué es necesario para una vida buena?” En él afirmaba que en su soledad había sido llamado a explorar una zona muy árida en el corazón de un hombre, en la que se había dado cuenta de que las explicaciones no eran suficientes y que sólo la experiencia contaba. Escribió que nadie podía conocer la esperanza verdaderamente a menos que hubiera des-

<sup>2</sup> Thomas Merton, *Love and Living*, eds., Naomi Burton Stone and Patrick Hart (New York: Farrar, Straus, Giroux, 1979), 42 [*Amar y vivir* (Barcelona: Paidós Ibérica, 1997), 64].

cubierto hasta qué punto ésta se asemejaba a la desesperación. Proseguía diciendo que en su experiencia de desierto había experimentado la Cruz de Cristo como misericordia y no como crueldad, como verdad y no como engaño. Había aprendido a alegrarse de la certeza de la presencia de Jesús en el mundo, incluso entre quienes no le conocían, y por el hecho de que Jesús seguía obrando en ellos aún cuando ellos mismos creyeran encontrarse lejos de Él<sup>3</sup>.

Durante la presentación informal que impartió en el Templo del Entendimiento en Calcuta en octubre de 1968, Merton intervino en calidad de monje, como una persona marginal que se enfrentaba en lo hondo de su ser al hecho de la muerte en su propio ser para superar la dicotomía entre la vida y la muerte y convertirse, de ese modo, en alguien capaz de dar verdadero testimonio de vida. Se dirigió al público diciendo que Dios, la única realidad suprema, vive y mora en nosotros. El monje trata de superar la irrelevancia de la vida para encontrar relevancia en Dios. Merton sostenía que el tipo de vida que él representaba es una vida abierta al don de Dios y al don que es el prójimo: "Así pues, aparezco ante ustedes como alguien que ofrece un pequeño mensaje de esperanza, de que hay personas que se atreven a mirar a los márgenes de la sociedad, que no hacen depender su vida de la aceptación social y prefieren llevar una existencia fluctuante en un estado habitual de riesgo. Y entre estas personas, si son fieles a su propia llamada, a su propia vocación y al mensaje particular proveniente de Dios, es muy posible la comunicación a un nivel de profundidad." Merton se refirió al nivel más profundo de la comunicación como una comunión que está más allá de las palabras, los conceptos y el habla. Subrayó ante su público la unidad, esa unidad de raíz que ya todos comparten entre sí<sup>4</sup>.

En 1966 Merton había experimentado el amor divino y el humano en sus muchas dimensiones y confiaba en permanecer bajo

<sup>3</sup> *The Hidden Ground of Love: The Letters of Thomas Merton on Religious Experience and Social Concerns*, ed. William H. Shannon (New York: Farrar, Straus, Giroux, 1985), 156.

<sup>4</sup> *The Asian Journal of Thomas Merton*, eds., Naomi Burton, Patrick Hart and James Laughlin (New York: New Directions, 1973), 307-8 [*Diario de Asia. Thomas Merton* (Madrid: Trotta, 2000), 267-69].

el amor y la misericordia de Dios. El 19 de septiembre de 1966 escribe en su diario: "¿Tengo que probar que amo? No, espero en el amor de Dios, es decir, en lo incomprendible. Y en ese amor vivo en paz conmigo mismo y con los demás"<sup>5</sup>. Escribía desde su propia experiencia del amor y de la vida al decir que "Dios el invisible es quien ve, a quien se ve y la misma visión, y se busca a sí mismo en nosotros." Trataba de expresar la relación entre la experiencia humana de aridez y dolor en su corazón y el dolor que experimenta el mismo Dios cuando no lo reconocemos en nuestro interior porque no nos atrevemos a creer y a confiar en que Él podría vivir en nosotros. Merton también nos enseña a vivir de forma que podamos convertirnos en el lugar escogido por Dios para Su presencia. Nos anima a creer en el amor de Dios y a atrevernos a amar a Dios y a todas las personas porque es en el amor donde Dios se nos revela. En sus palabras: "El amor es la epifanía de Dios en nuestra pobreza. ...La vida contemplativa es la búsqueda de la paz en la transparencia del amor"<sup>6</sup>.

El mensaje que envió Merton al mundo a través de Dom Francis Decroix en 1967 está lleno de convicción:

Me alegro de poder deciros que mantengáis la esperanza aunque creáis que para vosotros, en especial, la esperanza resulta imposible. No tengáis esperanza por creer que podéis ser buenos, sino porque Dios nos ama independientemente de nuestros méritos y lo que quiera que sea bueno en nosotros procede de Su amor, y no es cosa de nuestra propia hechura. Tened esperanza porque Jesús está con los pobres, con los marginados y despreciados... El mensaje de esperanza que la vida contemplativa te ofrece...es...que tanto si lo puedes comprender como si no, Dios te ama, está presente en ti, vive en ti, mora en ti, te llama, te salva, y te ofrece una comprensión y una luz que no son nada de cuanto jamás hayas podido encontrar en los libros o escuchar en las homilias<sup>7</sup>.

El Papa Juan Pablo II escribió que el guardián de la esperanza en el corazón humano es el Espíritu Santo. El modelo perfecto de esperanza es María, que escuchó profundamente al Espíritu Santo

<sup>5</sup> Thomas Merton, *Learning to Love: Exploring Solitude and Freedom*, ed. Christine M. Bochen (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1997), 137.

<sup>6</sup> Merton, *Hidden Ground of Love*, 157.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 157-58.

y abrió para el mundo el gran acontecimiento de la Encarnación<sup>8</sup>. Jesús, en Su persona y en Su obra salvífica es “nuestra esperanza”. La virtud de la esperanza por la que deseamos el reino del cielo y la vida eterna como nuestra felicidad, nos permite depositar nuestra confianza en las promesas de Cristo y en la gracia del Espíritu Santo en lugar de confiar en nuestra propia fuerza. El Papa Juan Pablo II había observado que mucha gente hoy se encuentra inmersa en el engaño y en el mito de una capacidad ilimitada para la salvación y la realización personal, y la tentación de ceder al pesimismo es muy grande tras haber experimentado con frecuencia la decepción y la derrota. Las muchas crisis que ocurren todos los días, el constante dolor y la muerte, provocan que muchas personas sean incapaces de enfrentarse al verdadero sentido de la vida. El Papa Juan Pablo II aseguró en otro momento que la esperanza que se alimenta de la oración nos sostiene y nos protege en la buena batalla de la fe<sup>9</sup>.

### Esperanza en Cristo

Merton expuso el significado de la esperanza en su libro, *Ha resucitado*. Estaba convencido de que “el encuentro verdadero con Cristo libera algo en nosotros, una fuerza que desconocíamos poseer, una esperanza, una capacidad para la vida, una resistencia, una capacidad para recuperarnos incluso cuando pensábamos que estábamos completamente derrotados, una posibilidad de crecer y cambiar y un poder de transformación creativa.” La presencia de Cristo en nuestra vida es también la presencia de Su Cruz, pero si morimos con Cristo, también vivimos con Él, y nos incorporamos a la dinámica de la transformación creativa, de la renovación y el amor<sup>10</sup>.

En su libro *El hombre nuevo* Merton escribió que la esperanza, como la vida, es un don de Dios: “total, inesperado, incomprensible,

<sup>8</sup> S.S. Juan Pablo II, *Mensaje del Santo Padre para la XXX Jornada Mundial de las Comunicaciones, celebrada el 24 de enero de 1996*.

<sup>9</sup> S.S. Juan Pablo II, *Audiencia, 11 de noviembre de 1998*.

<sup>10</sup> Thomas Merton, *He Is Risen* (Niles, IL: Argus Communications, 1975), 15.

inmerecido. Surge de la nada, completamente libre”<sup>11</sup>. Experimentamos la esperanza más perfectamente cuando nos despojamos de nuestra propia fuerza y confianza, cuando casi ya no existimos. Nuestra esperanza radica en la comunión e identificación de nuestro propio sufrimiento y aflicción con el dolor y la angustia de Cristo. Al aceptar la vida en medio de la muerte, el mismo Dios de la vida acepta vivir en nosotros, en las profundidades de nuestro vacío. Santa Teresa de Ávila expresó esto claramente: “Jesús en la Cruz para mí; yo en la Cruz para Él”.

### La vocación eremítica de Merton

Hubo muchas ocasiones en la vida de Merton en las que vivió anclado en la esperanza, sobre todo en los momentos en los que le resultaba difícil conciliar las contradicciones entre su vida como escritor y su vocación contemplativa, cuando se mostraba dispuesto a explorar la verdad en otras religiones, en su papel de monje al tiempo que de crítico social, como persona independiente y tenaz en busca de la libertad a la vez que comprometida a obedecer a sus superiores religiosos, y en tanto que religioso profeso en una comunidad y alguien que anhelaba una vida solitaria como ermitaño. Dom John Bamberger, abad retirado de Nuestra Señora de Genesee en Piffard, Nueva York, escribió que Merton tomó la iniciativa y demostró un extraordinario grado de persistencia, paciencia, obediencia y candor al trabajar con el abad Dom James Fox para resucitar la vida eremítica en la Orden Cisterciense<sup>12</sup>. Merton se encontró con numerosos obstáculos para llegar a ser un ermitaño, pero su determinación y la convicción de que se trataba de la vida para la que había sido llamado fueron muy firmes.

El 22 de mayo de 1958 Merton se dirigió por carta a Dom Jean Leclercq, monje benedictino de la Abadía de Clervaux, en Luxemburgo, confiándole que no creía que hubiera ninguna soledad institucional para él.

<sup>11</sup> Thomas Merton, *The New Man* (New York: Farrar, Straus and Cudahy, 1960), 4-5 [*El hombre nuevo* (Santiago de Chile-Buenos Aires-México-Barcelona: Pomaire, 1966), 9].

<sup>12</sup> John Eudes Bamberger, OCSO, *Thomas Merton: Prophet of Renewal* (Kalamazoo, MI: Cistercian Publications, 2005), 36-37.

Me cabe esperar, sin embargo, que quizás pueda obtener permiso para vivir solo, al amparo de este monasterio, si mis superiores lo permiten. No creo que haya ningún otro modo plenamente satisfactorio de enfrentarme a esto que salvo tratar de vivir mi propia vida con Dios. Sin embargo, no estoy forzándolo, simplemente sigo orando, manteniendo la esperanza y a la espera. Espero que también usted rece por mí<sup>13</sup>.

El 28 de diciembre de 1958, Merton escribió en su diario que si tuviera alguna vez la oportunidad de llevar una vida realmente solitaria, tendría que tener la sensatez y el valor de dar el salto. Se dio cuenta de que en 1955, cuando había expresado su deseo de convertirse en un ermitaño en una torre vigía en los bosques de Getsemaní, todavía no estaba preparado para ello. “Espero que cuando llegue el momento pueda realmente estar preparado para vivir solo. Que Cristo me conceda este gran favor”<sup>14</sup>.

El 19 de noviembre de 1959 Merton informó a Dom Jean Leclercq que había escrito a la Congregación de Religiosos de Roma pidiendo la excomunión para poder ir a México y convertirse en ermitaño cerca del monasterio Benedictino de Cuernavaca<sup>15</sup>. El 28 de noviembre de 1959, Dom Leclercq aseguró a Merton que tenía pruebas de que se estaban examinando seriamente asuntos importantes en Roma, y de que se habían tomado todas las garantías para que la decisión pudiera ser objetiva. Esto fue para él una señal de la voluntad de Dios. Suplicó que la decisión que esperaba de Roma le indicara cuál era la voluntad de Dios para con él y oró para poder aceptarla, cualquiera que ésta fuera, con alegría<sup>16</sup>.

Durante un retiro en 1959 Merton se hizo la siguiente pregunta, recurrente en él: “¿Qué he de ser?” Señaló entonces que era inútil pensar en ello, y que sólo tenía que hacer lo que tenía que hacer y leer lo que tenía que leer, y el resto ya caería por su propio peso. La cuestión era vivir a la altura de lo que era como hijo de

<sup>13</sup> *Survival or Prophecy? The Letters of Thomas Merton and Jean Leclercq*, ed. Patrick Hart (New York: Farrar, Straus and Giroux), 82.

<sup>14</sup> Thomas Merton, *A Search for Solitude: Pursuing the Monk's True Life*, ed. Lawrence S. Cunningham (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1996), 242.

<sup>15</sup> Merton, *Survival or Prophecy*, 86-87; la misma carta se encuentra en *The School of Charity: The Letters of Thomas Merton on Religious Renewal and Spiritual Direction*, ed. Patrick Hart (New York: Farrar, Straus and Giroux, 1990), 123.

<sup>16</sup> Merton, *Survival or Prophecy*, 88.

Dios: “No tengo que ser nada nuevo, sólo tengo que ser lo que soy. He sabido esto desde el primer momento y realmente creo que lo he buscado. Ojalá ahora pueda buscarlo de una forma más completa y eficaz”<sup>17</sup>.

Merton escribió en *El hombre nuevo* que tan pronto como nacemos, empezamos al mismo tiempo a vivir y a morir<sup>18</sup>. “¿Somos bastante fuertes para seguir eligiendo la vida cuando vivir significa continuar adelante con esta absurda batalla de ser y no ser en lo más íntimo de nosotros mismos?”<sup>19</sup>. Añadió que para tener raíces en la vida debemos vivir con esperanza, incluso si la esperanza en su dimensión sobrenatural está más allá de nuestro alcance. Tenía depositada la mirada en la Cruz de Cristo como signo de liberación y de esperanza. Sabía que la esperanza de la libertad no radicaba ni sólo en sí mismo ni en plegarse simplemente a lo que se dice y se hace en la comunidad. La libertad significaba batalla, fe y oscuridad, y una nueva creación más allá de la oscuridad. El hombre nuevo, sostenía, vive en un mundo que se sigue creando y renovando siempre. Se dio cuenta de que carecía de sentido perder la esperanza de que pudiera surgir algo nuevo de su situación en Getsemaní, pero estaba igualmente convencido de que la novedad estaba allí todo el tiempo<sup>20</sup>.

Merton escribió en *El hombre nuevo* que cuando intentamos mantener la esperanza por pura determinación violenta de vivir, acabamos desesperados y desilusionados porque depositamos toda la confianza ante todo en nuestra propia voluntad. El 12 de diciembre de 1959 leemos en su diario:

Todavía albergo esperanzas, y a veces grandes. Uno tiene que tener valor para esperar –y atreverse a provocar esperanzas que podrían truncarse. Y a la vez, no hay que forzarlas hasta el extremo de que después se conviertan en decepciones. Esperar más en Dios que en un cumplimiento particular si eso es lo que parece querer. Esperar en nuestra Señora. Si la tengo a ella, nada más importa. Aunque sí importa, porque este deseo de soledad es parte de mi amor por ella, y lo que ella quiere para mí<sup>21</sup>.

<sup>17</sup> Merton, *Search for Solitude*, 262.

<sup>18</sup> Merton, *New Man*, 3. [*El hombre nuevo*, 7].

<sup>19</sup> *Ibid.*, 4.

<sup>20</sup> Merton, *Search for Solitude*, 268-69.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 352.

El 17 de diciembre de 1959 Merton recibió una carta de Roma que exponía que su salida de Getsemaní afectaría a demasiadas personas dentro de la Orden y fuera de ella. El Cardenal Prefecto, Valerio Valeri, y el Cardenal Larraona, anterior Secretario de la Congregación de Religiosos de Roma, creían que Merton no tenía vocación de ermitaño. Le dijeron que encontraría soledad interior si permanecía en el monasterio en el que Dios le había puesto. A Merton le tranquilizó su decisión y aceptó el hecho de que el asunto se hubiera resuelto finalmente. “La carta es obviamente una indicación de la voluntad de Dios y yo la acepto totalmente”. Sintió alegría, vacío y libertad, y su deseo de ir a Cuernavaca, México se desprendió de él quitándole un peso de encima. Se dio cuenta de que tendría soledad, pero no por su propio empeño, sino por algún milagro. Y se preguntó: “¿Cuándo? Aquí o allí da lo mismo. En algún lugar, en ningún lugar, más allá de todos los lugares. La soledad fuera de la geografía o en ella. No importa”<sup>22</sup>.

Después de que Merton recibiera la carta de Roma, se levantó a medianoche y pasó una hora rezando en la oscuridad. Encontramos esta anotación en su diario:

Vacío, silencioso, libre, abierto, en la nada: un pequeño punto de nada que, solo él, es real. ¿Qué pides? Nada. ¿Qué quieres? Nada. Muy tranquilo y oscuro. El Padre. El Padre. Nada. Nada. Nada. Nada.

Termina esta anotación en un dolor simbólico pero real. “Pero el lugar de dónde se extrajo la muela acaba de empezar a doler esta mañana”<sup>23</sup>. Pocas semanas después, el 19 de enero de 1960, recordó la carta después de leer un artículo sobre la situación canónica de los ermitaños, y le pareció que había sido injustamente tratado por sus superiores, pero no podía hacer nada al respecto.

En septiembre de 1960 Merton se dio cuenta de que había prestado poca atención a la gran realidad de que le encantaba el monasterio y de que la comunidad le quería. Creía que admitirlo podría significar que tenía que quedarse. “No quiero decir que la voluntad del Superior no indique o no pueda indicar cuál podría ser la voluntad de Dios para mí; pero la voluntad del Superior define

<sup>22</sup> Ibid., 358-59.

<sup>23</sup> Ibid., 359.

y señala el camino en el que estoy para actuar intelectual y espiritualmente, y así aclarar el significado de mi propia vida”<sup>24</sup>. Merton afrontó él mismo la cuestión de la obediencia a su Superior. Pensaba que la obediencia debería aportar claridad a su vida, no confusión. “Cuánto necesito la claridad. Vivo en oscuridad y debilidad ... El centro del problema: mi propio orgullo, el orgullo de otros, el orgullo del monasterio. Entro en diálogo con el orgullo de otros, y es mi propio orgullo el que habla”<sup>25</sup>.

En octubre de 1960 tuvo lugar un acontecimiento esperanzador cuando se reservó un lugar para construir un centro de conferencias para retiros de cristianos protestantes. Inicialmente se había proyectado hacer un pabellón, pero cuando Merton le comentó sus ideas al constructor, se cambiaron los planes para hacer una casita sencilla con dos habitaciones. Merton y tres novicios ayudaron al constructor a cavar los cimientos. El Abad reprendió a Merton por cambiar los planes. Merton pensaba que la casita iba a ser claramente una ermita más que un centro de conferencias. En sus adentros cantaba: “La casa del Señor está bien fundada en una sólida roca”<sup>26</sup>. A medida que la ermita cobraba forma, Merton se iba inquietando porque el Abad le hizo saber que se trataba de algo que no quería que Merton tuviera o usara excepto de un modo muy restringido. A Merton no se le permitiría vivir, dormir o decir Misa allí<sup>27</sup>.

Durante todo octubre de 1960 Merton se enfrentó calladamente a las circunstancias de la vida. Quería reconsiderar toda su actitud respecto a los contactos con personas procedentes de fuera del monasterio y se enfrentó a estas preguntas: ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy diciendo? ¿Quién piensan que soy, y quién soy? ¿Quién pienso que son? ¿Qué piensan que quieren? ¿Qué quiere decir realmente vivir en completa independencia espiritual, silencio, indiferencia y libertad?

<sup>24</sup> Thomas Merton, *Turning Toward the World: The Pivotal Years*, ed. Victor A. Kramer (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1996), 46.

<sup>25</sup> Ibid., 50.

<sup>26</sup> Ibid., 56.

<sup>27</sup> Ibid., 58.

Merton llamó a la ermita Santa María del Monte Carmelo. Sentado en el porche de la ermita, experimentó un silencio y paz extraordinarios. Quería vivir y morir allí. La ermita se terminó de construir a principios de diciembre de 1960. Merton estaba lleno de gratitud y asombro.

Después de haber pensado durante diez años en construir una ermita, y de considerar diez posibles ubicaciones para la misma, ahora que *se ha construido* una en el mejor lugar, no me lo puedo creer. No obstante es real, si es que hay algo que lo sea. En ella todo se convierte en irreal. Sólo silencio, el cielo, árboles.

Aunque le preocupaba que el Abad General pudiera cerrar la ermita, intentó poner sus inquietudes en perspectiva. “No son los pensamientos lo que importa,” dijo,

sino las muchas horas de silencio y la valiosa dimensión de existencia que si bien no es completamente desconocida, ciertamente se desconoce cuando uno piensa o habla mentalmente...o incluso cuando escribe. Simplemente tiene que verse, y no se ve hasta haberse sentado quieto, solo en su perfecta obvedad<sup>28</sup>.

Mientras estaba en la ermita el día después de Navidad de 1960 tuvo la impresión de que había llegado a su morada y de que el sentido de viaje, de ir de aquí para allá, de espera y de búsqueda había llegado a su fin. Se sintió como si hubiera vuelto a su hogar. Cuando el Abad General visitó Getsemaní en febrero de 1961, Merton le llevó a la ermita. El Abad General se mostró satisfecho con la ermita y deseaba vivamente que fuera para Merton, pero le pidió que no viviera en ella porque era maestro de novicios<sup>29</sup>.

La ermita fue originalmente concebida para organizar retiros para cristianos protestantes, pero los novicios, estudiantes de Facultades de Teología y amigos de Merton también acudieron allí a visitarle. Pensó que la ermita era la forma en que Dios intervenía con justicia en su vida a pesar de todo. Apreciaba la diferencia que la ermita había supuesto para su vida de oración. “Claridad: dirección hacia Cristo el Señor por ese gran regalo; el paso de este

<sup>28</sup> Ibid., 73.

<sup>29</sup> Ibid., 97.

mundo al Padre, entrada en el Reino. Sé para qué estoy aquí. Pido ser fiel a esto que sé”<sup>30</sup>.

Aunque percibía que todo lo que oraba en los salmos se hallaba justo ante sí mismo en las colinas, en el rocío, en la luz, en los pájaros, etc., Merton era muy exigente con las luchas interiores en que una y otra vez retornaban el resentimiento y la frustración que sentía hacia el Abad. Sabía de que tenía que convivir con esa situación. Recordaba el ancla en la vieja iglesia sionista en Douglas-ton, en Nueva York, el primer símbolo del que fuera consciente. El ancla es un símbolo de esperanza, y la esperanza era aquello de lo que él y el mundo estaban más necesitados<sup>31</sup>. En noviembre de 1961 también fue capaz de discernir una “claridad decisiva” respecto a su compromiso a la hora de ofrecer una decidida actitud de resistencia y no-colaboración con la guerra nuclear<sup>32</sup>.

Merton reflexionó de nuevo sobre la esperanza durante la vigilia nocturna, al entrar en la sala de estudio de los novicios. Se sintió embargado por la bondad y el amor de Dios hacia los novicios que le fueran encomendados como sus hijos. Se sintió profundamente conmovido por haber sido escogido para ser su padre.

De esta clase de amor necesariamente surge la esperanza, la esperanza incluso para la acción política, ya que paradójicamente en este ámbito la esperanza es lo que más se necesita. La esperanza es siempre lo más necesario precisamente allí donde todo, espiritualmente, parece imposible. Y ésta es precisamente la confusión de la política. Esperanza, contra toda esperanza, de que el hombre puede gradualmente desarmarse y dejar de prepararse para la destrucción y aprender por fin que tiene que vivir en paz con su hermano. Nunca hemos estado menos dispuestos a hacer esto. Tiene que aprenderse, tiene que hacerse y todo lo demás es secundario en comparación con esta necesidad tan sumamente apremiante para el ser humano<sup>33</sup>.

El 20 de marzo de 1962 Merton recibió permiso para pasar el día entero en la ermita<sup>34</sup>. El 11 de diciembre de 1962 recogió en su diario que su responsabilidad principal era extraer tanta concien-

<sup>30</sup> Ibid., 108-9.

<sup>31</sup> Ibid., 175.

<sup>32</sup> Ibid., 182.

<sup>33</sup> Ibid., 183.

<sup>34</sup> Ibid., 212.

cia, coherencia y claridad como le fuera posible a partir del silencio, vacío y gracia de su vida. Necesitaba encontrar el justo equilibrio entre el estudio, el trabajo, la meditación, el servicio al prójimo y su soledad<sup>35</sup>. El día de Navidad de 1962, se mostró seguro de que el Señor, viendo su pobreza, angustia, lágrimas e impotencia, descendería para nacer en él como un punto de alegría infinita en su punto de nada y como una semilla de paz en su alma. Creía que su misión había sido siempre ser una semilla de paz<sup>36</sup>. En 1968 diría en una conferencia a las monjas de Alaska que tenemos paz cuando Dios es todo lo que buscamos, cuando Dios es suficiente, cuando sólo Dios basta. Ésa es la raíz de la paz<sup>37</sup>.

La experiencia de soledad de Merton en la ermita le trajo el don puro de recuperar la verdadera dimensión del misterio de Cristo en su vida. Después de un largo tiempo de estancamiento y ahogo, sintió que su espíritu volvía a respirar. En agosto de 1963 Merton pudo escribir que aunque estaba más implicado con las personas que en cualquier otro momento de su vida, su soledad era auténtica<sup>38</sup>. Lo más importante era profundizar en su comprensión de la realidad espiritual renunciando a sí mismo y entregándose completamente al Espíritu<sup>39</sup>.

A comienzos del año 1964 Merton se vio de nuevo acosado por pensamientos de resentimiento y de frustración, considerándose injustamente tratado y de alguna manera engañado y explotado. Pero se dio cuenta de que era inútil culpar al Abad por esto. Escribió en su diario que aunque no había tenía un modelo que pudiera seguir, lo que más le importaba era llevar su vida del modo más correcto y seguir al Espíritu Santo en libertad. Se dio cuenta de la necesidad de examinar su conciencia constantemente, de crecer y de rechazar el pasado, si bien preservando la continuidad de todo cuanto acontecía en su vida. No creía que le fuera concedido el permiso de vivir permanentemente en la ermita, pero tenía la impre-

<sup>35</sup> Ibid., 274.

<sup>36</sup> Ibid., 280.

<sup>37</sup> *Thomas Merton in Alaska*, ed. Robert E. Daggy (New York: New Directions, 1989), 73 [*Dos semanas en Alaska* (Barcelona: Oniro, 2000), 120].

<sup>38</sup> Thomas Merton, *Dancing in the Water of Life: Seeking Peace in the Hermitage*, ed. Robert E. Daggy (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1997), 4.

<sup>39</sup> Ibid., 18.

sión de que ya que ésta estaba allí, tendría que hacer el mejor uso de ella, “no como una evasión sino como un lugar real de oración y de renuncia”<sup>40</sup>.

El 2 de junio de 1964, cuando incluso la idea de algún viaje temporal para Merton parecía inútil y vana, recibió una carta de la secretaria de D. T. Suzuki, Mihoko Okamura, informándole que, como Suzuki no podía acudir a Getsemaní, éste le invitaba a mantener un encuentro con él en Nueva York. Aunque tenía un gran sentido de las previsibles objeciones del Abad para dejarle salir de Getsemaní, Merton pidió permiso para ir a Nueva York. Estaba convencido de que ésta podría ser la única oportunidad de conocer a Suzuki, con quien había mantenido correspondencia a propósito del Zen, y uno de los primeros en traer el Budismo Zen a Occidente desde Japón. Para su sorpresa, el Abad le concedió un permiso especial para ir a entrevistarse con Suzuki en Nueva York. Esta decisión inesperada afectó a Merton y le descentró. “La única manera de aceptar la idea es que creo, de buena fe, que fue voluntad de Dios que pidiera permiso para ir, y por alguna razón he de ir, no sólo por mi propio bien. No creo que pueda entenderlo, pero tengo que confiar. Aquí se oculta algo más de lo que yo mismo sé”<sup>41</sup>. Merton se dio cuenta de lo profundamente unido que estaba a Getsemaní y a su silencio, pero si pudiera airearse un poco yendo a Nueva York, también eso sería bueno. Sus temores sobre el viaje se disiparon una vez en Nueva York. Sintió una gran alegría en su corazón y tuvo la profunda sensación de que volvía a *casa*. Después de todo, él era un neoyorquino. El tiempo que pasó conversando con Suzuki y Mihoko Okamura le resultó conmovedor y se sintió como si hubiera pasado un tiempo con su propia familia. Éste fue realmente otro regalo inesperado e incomprensible.

El 13 de octubre de 1964 el Abad concedió permiso a Merton para dormir en la ermita sin ningún otro permiso especial, aunque no se le permitía pasar allí todo el tiempo. Fue una gran experiencia para Merton rezar Laudes allí y sentirse vivo, despierto y real, rodeado de silencio<sup>42</sup>. Se dio cuenta de que era *feliz*. La felicidad no

<sup>40</sup> Ibid., 108.

<sup>41</sup> Ibid., 109.

<sup>42</sup> Ibid., 153-54.

era “algo,” no se trataba de un objeto. Simplemente era y era él. Sintió con fuerza su propia nada ante Dios y se sintió inmensamente agradecido<sup>43</sup>.

En octubre de 1964 Dom James recibió una carta del Abad General diciendo que en principio no se oponía a experimentos en la vida de la ermita dentro de la Orden y que tal experimento en Getsemaní sería razonable. El 16 de diciembre de 1964 el Abad dio permiso a Merton para pasar un día entero en la ermita. Merton creyó que la felicidad que sentía no procedía de él mismo, sino que era pura misericordia y un don que Dios le otorgaba. La ermita, un regalo inmerecido, era el lugar que Dios le había dado después de anhelarlo tanto y de pedirlo en oración. Se dio cuenta de la unidad de contemplación y escatología porque había experimentado el Espíritu dador de vida en Quién el Padre se hace presente en nosotros a través de Jesús, el Hijo. La contemplación del ser en Cristo y en el Espíritu nos otorga una amorosa sensación de vida divina en esta vida en el presente y en la eternidad.

Uno de los frutos de la soledad de Merton fue descubrir la absoluta importancia de obedecer a Dios buscando en todo momento cumplir Su voluntad, y de elegir libremente acoger lo que procede de Él. Creía que nuestra vida carece de sentido si no estamos atentos y a la escucha y si no entregamos nuestro amor a Dios en unión con Cristo. Le parecía que si deseamos que la voluntad del Padre se haga en nosotros en la tierra como en el cielo, podemos estar seguros de que el amor de Dios estará sobre nosotros y nuestras vidas se transformarán. “Esta transformación es una manifestación y el advenimiento del amor de Dios en el mundo”<sup>44</sup>.

El 19 de julio de 1965 el Abad informó a Merton que el 20 de agosto de 1965, la fiesta de San Bernardo, haría el cambio en el noviciado y Merton quedaría libre para poder vivir en la ermita, con la sola responsabilidad de dar una conferencia a la semana en el noviciado cada domingo. Merton se sintió profundamente conmovido ante esta gratísima sorpresa. “Cosas como ésta me hacen avergonzarme de mis miedos y de toda la preocupación y de mi propia

<sup>43</sup> Ibid., 177.

<sup>44</sup> Ibid., 226.

decisión, ya que después de todo, esto es realmente sorprendente...” Le pareció que se trataba de un paso muy infrecuente en la Orden Cisterciense que no había sido posible en 1963. Lo consideró una muestra de la gran misericordia de Dios en su vida y la respuesta a muchas preguntas. Se alegró de haber seguido en el camino en el que se hallaba, a pesar de haberle parecido imposible, y no consiguió abandonarlo. Sus intentos de ir a otros sitio, no obstante, le habían llevado a tener la ermita<sup>45</sup>. El hecho de que Merton cumpliera la voluntad de Dios me recuerda su oración: “Y sé que si hago esto, tú me llevarás por el camino recto, aunque yo no lo conozca”.

Después de unos días en la ermita, Merton admitió en su diario que había empezado a sentir la claridad, la novedad y el desierto de estar solo. Al ver a un grupo de monjes recogiendo patatas en los campos, recordó la belleza de un acto comunitario como el de cortar y descascarillar maíz y la alegría y la sensación de hermandad que había experimentado antes. Se sintió solo simplemente por el hecho de verles allí fuera. Durante su meditación el 28 de agosto de 1965 se dio cuenta de que se estaba tomando la ermita demasiado en serio y a él en su interior. “Lo importante,” se dijo, “no es la casa, ni la imagen de la ermita, sino mi propio ser y mi estado como hijo de Dios. ...Mi primera obligación es ser yo mismo y seguir la gracia de Dios... Lo que importa no es la espiritualidad, ni la religión, ni la perfección, ni el éxito o el fracaso en esto o en aquello, sino simplemente Dios y la libertad en Su Espíritu”<sup>46</sup>. Merton se encomendó al Espíritu Santo para que le trajera libertad real.

Los diarios de Merton en la ermita revelan su percepción de que su ingreso en la ermita había sido para él un “regreso al mundo”, no un regreso a las ciudades, sino una vuelta a un contacto directo y humilde con la creación de Dios y con el mundo de los pobres que trabajan en él. Se dio cuenta de que su tarea era deshacerse de los últimos vestigios de esa farisaica división entre lo sagrado y lo secular y ver que el mundo *entero* ha sido reconciliado con Dios en Cristo<sup>47</sup>.

<sup>45</sup> Ibid., 273.

<sup>46</sup> Ibid., 287.

<sup>47</sup> Ibid., 293-94.

El 26 de abril de 1965 escribió a Dom André Louf, Abad de Sainte-Marie-du-Mont, que en su fuero interno se reconocía en el lugar que Dios le había reservado cuando le llamó a la vida monástica. Si había estado insatisfecho antes y había buscado más, era porque necesitaba la ermita para completar lo que Dios le había dado antes. “Hay una sensación de que esto es un regalo que Dios me ha hecho, completo e inexplicable, sin nada que ver en absoluto con mérito alguno por mi parte”<sup>48</sup>. A pesar de la profunda desolación y soledad, y del nauseabundo vacío en tiempos de purificación, nunca había tenido una sensación tan verdadera de la cercanía de Dios y del amor de Dios hacia él.

A finales de 1965 Merton se preguntó lo que habría de depararle el año siguiente, 1966. Esperaba más enfermedad, más problemas en Asia, menos escritura y más meditación y lectura. Quería preparar un buen libro sobre la oración, pero no había hecho ningún plan. Todo lo que quería era vivir y liberar la realidad de su vida y estar preparado cuando ésta llegara a su fin y fuera llamado a Dios, fuere cuando fuere. En su diario, el 29 de enero de 1966, anotó que “lo importante es *amar*, estar en un lugar en silencio, si es necesario en sufrimiento, enfermedad, tribulación y no tratar de ser nadie en lo externo”<sup>49</sup>. Christine Bochen, que editó el sexto volumen de los diarios de Merton anotó en su Introducción que las líneas que Merton escribió antes de su 51 cumpleaños “parecen augurar lo que le aguardaba: una invitación a aprender acerca del amor, la libertad y la soledad, de una forma que no podía en modo alguno haber siquiera imaginado”<sup>50</sup>.

Una gran mayoría ya hemos leído acerca de la operación quirúrgica a la que se sometió Merton el 25 de marzo de 1966 y respecto a su encuentro y enamoramiento con una estudiante de enfermería, que también le amó. Aunque él sabía perfectamente que era un sacerdote y un monje, llegó a sentir que su amor no entraba en contradicción con su soledad, sino que de manera misteriosa formaba parte de ella<sup>51</sup>. Describió este amor como una

<sup>48</sup> Merton, *School of Charity*, 276-77.

<sup>49</sup> Merton, *Learning to Love*, 15.

<sup>50</sup> *Ibid.*, xvi.

<sup>51</sup> *Ibid.*, 59.

“realidad difícil de abordar, arriesgada, desconcertante” que era *real*. Pensó que no interfería por completo ni invalidaba su soledad, sino que proporcionaba a su soledad una extraña y nueva perspectiva<sup>52</sup>. Se experimentó a sí mismo como “un monje enamorado.” Intentó reconciliar este amor con su vida de ermitaño, pero admitió sinceramente que el amor de M por él “no fue sólo ‘otra cuestión’ y ‘otro problema’”. Se hallaba justo en el centro de todos sus problemas y en el mismo núcleo de su vida de ermitaño”<sup>53</sup>. El 6 de agosto de 1966 escribió: “No lamento en absoluto todo mi amor por ella y estoy convencido de que fue un verdadero regalo de Dios y ha sido una ayuda inestimable para mí”<sup>54</sup>.

El 8 de septiembre de 1966 Merton dejó por escrito ante el Abad el compromiso escrito de vivir en soledad el resto de su vida tanto como se lo permitiera su salud. El 21 de marzo de 1968, en la fiesta de San Benito y con la bendición del nuevo abad, Dom Flavian Burns, el arzobispo McDonaugh concedió permiso a Merton para tener reserva de las Formas en el Sagrario de la ermita cuando su capilla estuviera terminada<sup>55</sup>. Un nuevo capítulo en la vida de Merton se iba a revelar con la elección abacial de Dom Flavian, que estaba abierto a nuevas posibilidades. La oración de Merton, “me llevarás por el camino recto, aunque yo no lo conozca” viene a la mente otra vez cuando se le permitió viajar a California, Nuevo México, Alaska y finalmente a Asia donde murió.

Quiero concluir mi presentación con dos salmos, que estoy segura de que Merton habría rezado, ya que el salterio era una gran fuente de oración para él. Merton se refirió a los salmos como “Pan en el Desierto”, una imagen que también le sirvió de título para uno de sus numerosos libros<sup>56</sup>.

<sup>52</sup> *Ibid.*, 77.

<sup>53</sup> *Ibid.*, 81.

<sup>54</sup> *Ibid.*, 110.

<sup>55</sup> Thomas Merton, *The Other Side of the Mountain: The End of the Journey*, ed. Patrick Hart (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1998), 70.

<sup>56</sup> Thomas Merton, *Bread in the Wilderness* (New York: New Directions, 1953) [*Pan en el desierto* (Argentina: Lumen, 1997)].

Salmo 33, 20-23:

“En esperanza esperamos al Señor, pues Él es nuestra ayuda y nuestro escudo...

Oh Señor, deja que tu amor descanse sobre nosotros,

Incluso como nosotros dejamos que nuestra esperanza descanse en ti.”

Salmo 71, 5:

“Para ti, oh Señor, ha sido mi esperanza, mi confianza, oh Dios, desde mi juventud.”